

Ante la autoridad impuesta: la poética de la insumisión

Por MERI TORRAS FRANCÉS

Las insumisiones de *La insumisa* (2020) no se limitan a las anécdotas que, eficazmente seleccionadas, conforman la trama del relato y señalan el carácter rebelde, mordaz e inconformista de su protagonista, sino que el texto mismo las encarna y, más allá de la narración de unos hechos biográficos, las vincula a una poética de la escritura perirrossiana que es —como no podría ser de otra manera en ella— también una poética de la vida y de la pasión amorosa-sexual, porque estos tres ámbitos son, en esta escritora, difícilmente discernibles y en todos ellos trepida el poderoso motor del deseo.

La insumisa es el primer libro de Cristina Peri Rossi que nace *aparentemente* dentro del ámbito autobiográfico. No es que pretenda con la cursiva negar la adscripción del texto a la autobiografía, sino que este acatamiento al género textual no se hace sin insubordinaciones osadas y prodigiosas que convierten esta autobiografía —que comprende desde los primeros recuerdos de infancia hasta el exilio— en algo más (y tal vez en algo menos) que un relato autobiográfico. La primera insumisión encarnada en el libro es, pues, de género textual. Por un lado, cronológica: existen *al menos* tres textos precedentes que podríamos considerar *claramente* autobiográficos. Uno de ellos es transgénérico; nació como biografía y se convirtió en autobiografía. Estoy pensando en el volumen *Julio Cortázar* (2000), que, con nuevas incorporaciones, pasó a ser *Julio Cortázar y Cris* en su reaparición de 2014. Los dos restantes son fragmentos que se publicaron como avances de una autobiografía de la autora y de los cua-

les solamente uno de ellos tiene espacio en *La insumisa*. He trabajado anteriormente estos textos (*Revista Iberoamericana*, julio-septiembre 2019) y no voy a repetirme, salvo para insistir en que todos ellos, como el que nos ocupa, aparecieron con la etiqueta de «primer texto autobiográfico» de Cristina Peri Rossi. Por otro lado, la autora califica la obra de *novela autobiográfica*. No obstante, el libro puede leerse como autobiografía, como novela *tout court* e incluso como recopilación de cuentos, eso sí —y sobre todo— de Peri Rossi. La *griffe* autorial está presente y esto tampoco es gratuito.

A mi juicio, este libro llega en el momento justo en la vida de la autora uruguaya, porque da claves de la poética de escritura para quienes no la han leído, y a quienes tenemos el vicio de intimar con su literatura nos da (nos devuelve, de hecho) a la Cristina que cada unx reconocemos y amamos, esa autora implícita —para hacer uso de un término ya casi olvidado de Wayne Booth— que lectura tras lectura nos hemos ido construyendo como interlocutora. Ambos gestos son, en efecto, un acto de seducción amorosa en el que quien lee tiene agenticidad; y tampoco eso es nuevo ni ajeno a la autora: en todos sus textos busca y cuenta siempre con la complicidad de quien lee y aquí no hará excepción. (Re)conocemos, pues, la manera perirrossiana de mirar, habitar y nombrar el/al mundo, presente en su poesía y en su narrativa, en sus conferencias, en sus artículos, en su correspondencia... indistintamente. Y ese (re)conocimiento es primordial, en cuanto que es el que sostiene la identidad —nunca idéntica, como todas las identidades— del yo (autorial) performativo de Cristina Peri Rossi. Su *yo* toma forma simultáneamente como

causa y efecto de nuestra implicación, nuestro vínculo y nuestro amor.

En una conversación en Radio Uruguay con Néstor Sanguinetti, a raíz de la aparición del libro, la autora afirmaba que por primera vez en *La insumisa* «todo lo que cuent[a] es real», frente a los procesos de creación que suele desarrollar, como ella explica, fundados especialmente en lo que concierne a la narrativa, en lo literal y literariamente *imaginario*, en cuanto que suele partir de una imagen, que es la detonante del relato que escribe. No me parece, pues, casualidad sino premeditada elección que el *único* fragmento de relato *fictional* (entendido como imaginario) presente en esta obra ejemplifique justamente este recurso. En el capítulo «El salón de las visitas», ante el recuerdo de los daguerrotipos que ornaban una de las paredes de la sala de

estar de la casa familiar (partiendo, pues, de las imágenes de unas imágenes), concretamente del retrato de su bisabuela Marcela Frugone (enamorada y casada con Agustín Nocetti), Peri Rossi narra el viaje de exilio de sus antepasados desde Génova hasta Montevideo, para luego proyectarlo sobre el suyo propio, en dirección inversa, en 1972, episodio que retomará más adelante y con el que cerrará el libro.

No obstante, si volvemos a la aseveración que Peri Rossi hace a Sanguinetti, «por primera vez todo lo que cuento es real», habría que detenerse en la delimitación ambigua del relato. *La insumisa* se abre con un cuento doblemente real, por real en lo narrado, en cuanto que está inaugurando el libro, y por real como cuento, puesto que «Primer amor» se publicó *realmente* como un cuento con este mismo título, dentro de la magní-



fica antología de Laura Freixas: *Madres e hijas* (1996). Pero no solamente en su apertura es *La insumisa* un texto de límites identitarios difusos; su cierre recoge también un texto anterior; un pretendido *primer capítulo* de una autobiografía en ciernes y que Peri Rossi publicó a modo de avance en la revista *Malabia*, en 2007, tomando prestado el título del cuento de William Saroyan «Nena querida», que fue una de las posibilidades para titular *La insumisa*. Dicho brevemente, el *incipit* y el *excipit* delimitan *equivocadamente* el libro, en cuanto al género textual se refiere, y muestran que esa presunta primera vez no es estrictamente tal, lo cual contribuye a cumplir una función adicional, clave, que es la de darnos a entender que este nuevo libro debe leerse engarzado con toda su obra anterior, que no es otra cosa *esencialmente* distinta.

El otro elemento constitutivo del libro en el que juzgo preciso detenerse es la estructura. Peri Rossi lleva a cabo una depurada selección de una serie de episodios *fundamentales*, siguiendo escrupulosamente el propósito o *leitmotiv* del relato, que el título se ocupa de remarcar. La insumisión imprescindible que debe cruzar la vida de cualquiera que se pretenda viviente, especialmente de esa niña que ella fue, que quiere crecer libre de los imperativos de género, resistir los hábitos sociales impuestos sin razón, y convertirse en una mujer adulta y, además, para mayor desafío, escritora que-no-pretende-suicidarse, habría que añadir para contravenir los augurios del tío Tito, culto y misógino en la misma proporción, que le abrió su biblioteca pero la sentenció a acabar como las mujeres escritoras que en ella había: Woolf, Storni y Safo. En el relato de estos episodios, Peri Rossi cuida escrupulosa y minuciosamente la mirada *ingenua* de la protagonista —esto es, etimológicamente, *nacida libre*—, porque en ella radica su fuerza, su modo de encarar el mundo, que se abre ante su curiosidad y en la persecución de su deseo. Desde esa niña exploradora y desafiante, en la (r)escritura de su tentativa de nombrar y sentir y entender ese mundo, *La insumisa* nos sume en un relato sobrio y a veces duro, sin glosa ni adornos, donde a menudo el silencio duele, como ocurre en «La operación», que es un magnífico ejemplo de esta estrategia de focalizar desde el personaje infantil y de la fuerza narrativa que Peri Rossi sabe sacar de ello.

Esta *trama* que ensarta episodios sigue, a grandes rasgos, el devenir cronológico de esta niña-mujer; no obstante el texto tiene su *urdimbre*: esos hilos que se entrecruzan con los de la trama y tejen la malla del tejido textual. Es sobre todo en la urdimbre que la autora apela a la complicidad lectora, puesto que desde allí se expande la multidimensión de *La insumisa* y se abren vías narrativas estratégicas que ofrecen pistas para leer el texto de otras formas. No me puedo detener excesivamente en ello, pero me refiero a cuestiones como, pongamos por caso, la identificación de una figura narrativa determinada, cuando aparece un *vos* que interpela directamente a alguien (su padre o ella misma en otro tiempo, una amante amada...); o bien el eco constante de posibles intertextos literarios y culturales que resuenan en el relato, no para hacerlo menos verdadero, sino porque simplemente es por la literatura *también* que entendemos la propia vida; o, por citar un tercer ejemplo, probablemente el más fructífero de todos ellos, el uso de los paréntesis, ya sea para inscribir, si quiere, el cambio de perspectiva adoptado con el tiempo o para recrearse en una aparente divagación o glosa afin a lo que acaba de relatar.

En cualquier caso, esta urdimbre es una insumisión textual *respondona* frente al orden cronológico que rige, de algún modo, en la autobiografía, puesto que crea espacios de interrupción, atemporales en cuanto que se desempeñan más allá o más acá de la documentación factual de hechos reales, a la vez que dobla el texto sobre sí mismo y nos invita a aventurarnos por los laberintos de los repliegues de su entramado, de las réplicas que dentro y fuera de él nos llevan a ese yo-alguien que habita en los textos con la firma autorial Cristina Peri Rossi.

Me detendré en una de esas réplicas, concretamente en el ya aludido capítulo decimoctavo, «Nena querida», publicado como avance en la revista *Malabia* en 2007, presunto primer capítulo de una autobiografía *por venir* a la que a su vez daba título. En *La insumisa*, que en efecto también debía titularse *Nena querida*, este texto no abre sino que cierra, de modo que parece que se podrían esperar nuevas entregas autobiográficas —como señala Fernando Valls, en su reseña para *Info Libre*— que se desarrollen después del viaje del exilio. Ojalá... Sin embargo, en el contexto de su ubicación en cuanto que *excipit* de este primer volumen, ¿qué inscribe este

capítulo y qué supone el hecho de que aluda a su vez explícitamente a un intertexto literario, el cuento-libro homónimo de William Saroyan? El volumen *Nena querida* es un fetiche de Peri Rossi, fue una de las lecturas que más le impresionaron de la biblioteca de su tío, pero es que además ha sido un cuerpo revenante, vinculado indisolublemente al deseo sexual y amoroso, de este o del otro lado del charco, de modo que Peri Rossi —como Joe, el boxeador protagonista del relato de Saroyan— está condenada a decir *Nena querida* «una vez, y otra y otra», para citar las palabras del final del relato del escritor armenio-estadounidense.

Cuando me incliné sobre vos, en la cama, te murmuré al oído: «Nena querida» y vos dijiste, queda, lentamente: «Del libro homónimo de William Saroyan».

El regalo que te había traído era la edición de Plaza y Janés de *Nena querida*. Celestino fue el libro, Celestino fue el mar, Celestino fue el autor. ¿Cómo no iba a enamorarme de una mujer cuyo libro favorito era *Nena querida*?

Quince años después, en otra ciudad, esta europea, la primera vez que besé a otra mujer me murmuró al oído: «Nena querida». Y yo le respondí: «Del libro homónimo de William Saroyan». Cuando nos levantamos de la cama (no era un hotel, era su casa) me condujo a la biblioteca. En la biblioteca había un libro: era *Nena querida* de William Saroyan, en la edición de Plaza y Janés. Con admiración, abrí la primera página. Allí, debajo de la dedicatoria que el autor le había hecho a su esposa, había otra: la que yo le había hecho a la mujer de Montevideo. Ahora era suyo. Ella se lo había regalado. Celestino fue el libro, Celestino fue el mar, Celestino fue el autor.

La última vez no hubo libro. Cuando me incliné para besarte iniciáticamente (no fue en un hotel, fue en mi casa) me dijiste: «Nena querida». Y yo te contesté: «Del libro homónimo de William Saroyan». Pero tú no lo habías leído, y yo no te lo regalé.

Como sucede con los deícticos temporales de Peri Rossi, tampoco en esta ocasión la última vez es *exactamente* la última vez. Tal vez el secreto del carácter transitivo (y contagioso) del libro estribe, en gran parte, en la dedicatoria del autor a su compañera, Carol Saroyan,

paratexto del que Peri Rossi confiesa estar enamorada, especialmente de la conclusión de la misma, que la autora uruguaya comenta en *La insumisa* detalladamente y que reza así: «Lo que en este librito se dice no es lo que yo te diría en definitiva; pero que él sea el primero entre muchos dones de amor: un presente hecho de todo cuanto yo era en años ya remotos, antes de que te viera». Esta dedicatoria, que resuena detrás del título de su novela *Todo lo que no te pude decir* (2017), resulta a mi entender clave. La concepción del amor como una *dádiva*, o mejor, como un *don*, porque es ofrecimiento y habilidad, que Saroyan intensifica con el hecho de convertir el libro como un sustituto de su existencia *anterior*. Siento que este es el mismo don que nos ofrece Cristina Peri Rossi en *La insumisa*, de ahí la voluntad de titular el libro idénticamente al de Saroyan o, si se prefiere, en la asunción de un género autobiográfico. El cierre del capítulo, y del libro *La insumisa*, refiere la última vez —esa sí— que vio el libro *Nena querida* y lo hace con la trampa de un deíctico que convierte el momento en atemporal:

Hoy, alguien me ha regalado un libro que viene de lejos, que viene de Montevideo. Cuando he abierto el sobre, apareció otra vez: *Nena querida*. En la portada, encuadrada de un verde profundo, en letras doradas, se puede leer: «Para Cristina». Es la primera vez que alguien me ha dedicado el libro a mí.

La atemporalidad del adverbio *hoy* llega hasta el justo momento en que cualquiera lee ese párrafo de cierre. A estas alturas, el «libro que viene de lejos, que viene de Montevideo» no se sabe si es *Nena querida* de Saroyan o *Nena querida* [*La insumisa*] de Peri Rossi y ese alguien es otra y a la vez ella misma, quien ha escrito por primera vez un libro dedicado enteramente a Cristina. El *excipit* funciona a modo de *endreça* que, siguiendo los cánones trovadorescos, aparece en «la estrofa» final. A través de la escritura —una escritura indisoluble con toda una vida escribiendo— Cristina Peri Rossi convierte todo lo que ella fue en una *dádiva* y, paradójicamente, centrándose en sí misma, nos ofrece en y con *La insumisa* un don de amor, que no es todo lo que nos diría, sino un presente hecho de todo cuanto ella era en años ya remotos.